

# Jesús, Maestro que revela la verdad de Dios y del hombre

---

Miguel Ángel Medina Escudero

UNIVERSIDAD DE SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** Toda la vida de Jesucristo es revelación: sus palabras y sus obras, sus silencios y sufrimientos, su manera de ser y de hablar, lo convierten en el Maestro en quien coinciden “palabra y hechos”, revelación sobrenatural pero cercana al ser humano. En la hipóstasis de sus dos naturalezas, Cristo es el magisterio perfecto para hablar de Dios y para hablar al hombre. Además, Jesús también es un maestro histórico: incultura su mensaje, usando de fórmulas didácticas que facilitan la comprensión del mensaje que trae.

**PALABRAS CLAVE** Jesús, maestro histórico, revelación del Padre, imagen de Dios, modelo de hombre.

**SUMMARY** *The entire life of Jesus Christ was Revelation, His words and works, His silences and sufferings, the way He was and the way He talked. All this made Him the Teacher who brought together “Words and deeds” of a supernatural Revelation that can reach out to humankind. In his Hypostatic Union, Christ is the perfect Teacher to speak of God to the hearts of men and women. Moreover, Jesus is a Teacher from within our own history because He enculturates His message in understandable explanations of the Good News.*

**KEYWORDS** *Jesus, Historical Teacher, Revelation of the Father, Image of God, Human model.*

El *Directorio General para la Catequesis* (DGC), en la parte dedicada a la pedagogía de la fe, “Uno sólo es vuestro Maestro, Cristo” (Mt 23,10), propone de forma sintética la obra formadora de Jesús con sus apóstoles y discípulos<sup>1</sup>:

---

1 Jesucristo es el centro de la catequesis cf. CT 5; CCE 426; DGC 98; A. AMATO, “Jesucristo, plenitud de la revelación”, en: A. CAÑIZARES – M. DEL CAMPO (eds.), *Evangelización, catequesis, catequistas* (Madrid 1999) 125-142.

Jesús cuidó atentamente la formación de los discípulos que envió en misión. Se presentó a ellos como el único Maestro al mismo tiempo amigo paciente y fiel; su vida entera fue una continua enseñanza; estimulándoles con acertadas preguntas les explicó de una manera más profunda cuanto anunciaba a las gentes... Jesucristo es el Maestro que revela a Dios a los hombres y al hombre a sí mismo; el Maestro... (DGC 137).

En pocas palabras, DGC nos señala las líneas a las que prestar atención. La primera, como es obvio, es la indicación sobre la realización de su tarea como “maestro”: mediante una actitud paciente y vital, efectuada con el concurso de una metodología, adecuada para quienes deseen compartir esa actividad magisterial de Jesús.

## I. JESÚS, MAESTRO: SABIDURÍA Y MODELO PARA LOS CATEQUISTAS<sup>2</sup>

Jesús, maestro, es el título que encontramos frecuentemente en los Evangelios. El término griego más común es *didáskalos*<sup>3</sup>, pero también aparecen *kathegetes* y *epistates*. Todos ellos hacen referencia al perfil pedagógico de su ministerio. En ocasiones utilizan el hebreo *rabbi*<sup>4</sup>, y sólo en dos oportunidades el familiar e íntimo *rabbuní*, (en boca de María Magdalena y el ciego Bartimeo (Jn 20,16 y Mc 10,51).

Jesús aceptará con normalidad ese título, y él mismo lo usará en su predicación. Reconocerá, incluso, que ese título le es debido: “vosotros me llamáis maestro y señor, y decís bien, porque lo soy...” (Jn 13,13). Pero tiene algunas características que le diferencian y, a veces, le enemistan con otros maestros y sectores sociales.

---

2 Cf. DGC 137.

3 El término “Didaskalos” aparece 58 veces en el Nuevo Testamento. De ellas, 48 en los evangelios, prevalentemente aplicado a Jesús, y 95 veces el verbo *didáskein*= enseñar. Jesús ha sido considerado el “maestro” por excelencia de la comunidad cristiana (cf. Mc 9,5 y 10,51).

4 Este es el título que le otorgan los primeros discípulos (Jn 1, 38). Así le bautizarán las gentes, admiradas de su enseñanza (Mt 7,28), y hasta los fariseos le tratarán con ese título honorífico (Mt 9,11; Mt 17,23).

Si bien es un *rabbí* que habla en público, como hacían los maestros de Israel, siempre rodeados de *mazetái* (discípulos), en el nuevo *rabbí* se conjugaban algunos rasgos distintivos: a diferencia de los otros *rabinos* de Israel, él *elige a sus discípulos*<sup>5</sup>, y así se lo expresa: “No me elegisteis vosotros a mí, os elegí yo a vosotros” (Jn 15,16). También su forma de compartir la sabiduría es diferente: revela su maestría mediante sus palabras y silencios, sus obras generosas y sus sufrimientos. Este conjunto de elementos van envueltos en una “fuerza” o *exousía*, un vocablo que expresa autoridad y libertad (la traducción literal es “desde el propio ser”)<sup>6</sup>.

Y es, precisamente, esa diferencia la que parece otorgar un rasgo distintivo a su actuación magisterial. La abundancia y variedad testigos, que así lo reconocen, nos ofrecen una prueba clara del impacto causado entre sus contemporáneos: “Jesús tiene un estilo de enseñar muy suyo, sabe tocar el corazón y la mente de las gentes”<sup>7</sup>. Sus dichos quedaron grabados en quienes le escuchaban: eran breves y concisos pero llenos de verdad y sabiduría; pronunciados con “autoridad”, obligaban a sus oyentes a escuchar con atención y apremiaban a la conversión.

Con humildad, propone pero no impone su mensaje, respetando siempre la libertad y el ritmo de sus oyentes y seguidores. No es la fuerza, sino la calidad de su mensaje, arropado por el modo de vida y servicio, lo que convence. Su palabra y sus gestos le confieren credibilidad y autoridad.

Los valores de sus propuestas ganan fuerza y autoridad no como imperio, sino por el servicio generoso, auténtico y total a las personas y a Dios. Y, de ese modo, *denuncia a los falsos educadores*; denuncia sus sistemas de vida social, económico, político y sobre todo religioso, que impiden una vida digna para los demás. Él encarna otra “autoridad”: ha venido a servir a

---

5 Cuatro son las diferencias que distinguen a los discípulos de Jesús. Primera, frente al discipulado temporal de los grandes maestros de Israel, los de Jesús, en cambio, le siguen toda la vida y no les está permitido volver atrás, como expresa el mismo Jesús (Lc 9,62). Segunda, los discípulos de los rabinos servían a su maestro asumiendo la forma y tarea de cuasi esclavos. Jesús, por su parte, no los llama siervos, sino amigos (Jn 15,15). Tercero, los niños y las mujeres no eran considerados aptos para el discipulado. Sin embargo, Jesús pide que los niños se acerquen a Él porque “el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos (Mc 10,14) y un grupo de mujeres lo siguen para aprender a vivir su vida (Lc 8,3). Finalmente, los seguidores de un maestro ilustre, gozaban de fama y autoridad ante el pueblo. Así lo referencia orgullosamente Pablo, el discípulo de Gamaliel. Jesús, por el contrario, ofrece persecuciones y calumnias (Mt 5,11).

6 Cf. A. DAUSA, *Encuentros con el Maestro: la pedagogía de Jesús de Nazaret* (La Habana 2002) 31.

7 Cf. J. A. PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica* (Madrid 2007) 243-244.

todos. Por eso su pedagogía es convincente: Jesús anuncia su propuesta y la convierte en gestos.

## 1. SABIDURÍA MAGISTERIAL DE JESÚS

Jesús no sólo enseña cosas admirables (Mc 1,27), sino que, además, acompaña sus enseñanzas con gestos extraordinarios, con “signos” y “obras de poder” fuera de lo común. Causaba extrañeza en quienes lo escuchaban, ya que no se explicaban de dónde le venía esta sabiduría<sup>8</sup> y autoridad. Pronto descubrirían el origen de ese saber: es una persona “sabia”, porque conoce el corazón y la fragilidad del ser humano y porque desea el bien de sus oyentes. Su hablar despertaba en las personas una sed interior y, como señala Jorge Cury, “aunque fuese un carpintero de Nazaret y anduviese y se vistiese de modo simple, sus oyentes quedaban impresionados con su elocuencia. Su hablar era tan cautivante que las multitudes lo buscaban para oírlo”<sup>9</sup>.

Los interrogantes, que aparecen reseñadas en Lucas y Marcos, sumadas a las actitudes de los oyentes “asustados” o “admirados” (cf. Mt 7,28) hacen referencia no tanto al estupor provocado por la transmisión de un conocimiento novedoso de tipo intelectual, sino más bien a una experiencia singularmente intensa de esos testigos que se percatan del poder del Espíritu que actúa en Jesús<sup>10</sup>.

Encarnado en la vida e historia de su pueblo, su “modelo” se convierte en sabiduría pedagógica para todos los que deseen asumir el ministerio catequético:

- *Jesús desarrolla una práctica liberadora.* El tiempo de Jesús estaba marcado por varias “pobrezas”, entre ellas las propiciadas por determinados grupos y sus prácticas religiosas. El rigorismo de la Ley, usado por las autoridades religiosas, era la principal causa de exclusión y opresión de una multitud que andaba “como ovejas sin pastor”. Ellos serán los predilectos en la práctica liberadora de Jesús: en continuos gestos de

---

8 Cf. *Ibid.*, 239-244.

9 J. CURY, *El maestro de los maestros* (Bogotá 1999) 155.

10 Cf. DAUSA, *Encuentros con el Maestro*, 30.

perdón acogerá a los pecadores y humillados, curará sus enfermedades, les abrirá los ojos y el corazón para que se vean cercanos al corazón de Dios.

- *Educa en el respecto a la dignidad de la persona.* Jesús hace un examen crítico de las tradiciones y prácticas religiosas contrarias a la dignidad humana y crean discriminación y opresión. Jesús propone un nuevo principio (también para el ámbito religioso): el ser humano, en su dignidad, es el criterio para discernir la validez de todas las leyes y prácticas humanas: “El sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado”. Cualquier actividad o proyecto de vida tiene legitimidad y autenticidad cuando respeta y promueve la verdadera naturaleza y vocación del ser humano.

Todas las prácticas que marginen, esclavicen o produzcan cualquier tipo de discriminación entre los hombres, son negadas y denunciadas por Jesús. En Jesús, Dios llama a todos para vivir en una comunidad, como verdadero pueblo hermanado en el amor.

- *Cuenta con la colaboración de los pobres y sencillos, valora y respeta su saber y sabiduría.* Jesús actúa especialmente en Galilea, conocida como “Galilea de los gentiles”, lugar periférico en Israel. Allí inicia su ministerio y escoge a sus primeros discípulos... Aún más, reconoce la sabiduría de los pobres, al tiempo que cuestiona el saber de los poderosos e inteligentes y enaltece la sabiduría que emerge de la vida sufrida de los pequeños.
- *Enfoca su pedagogía hacia el corazón, para transformar la vida.* Jesús se revela como un “maestro” humano, paciente, compasivo, con sensibilidad, misericordia, confianza, gratuidad, solidaridad, fe, esperanza, perdón, mansedumbre, ternura, etc. De ahí que sus palabras y actitudes despierten los corazones humanos, impriman nuevos impulsos, valores y comportamientos en las personas.

Examinando los Evangelios encontramos una referencia explícita, en la que Jesús se coloca a sí mismo como un ejemplo a seguir: “aprended de mí, que soy paciente y humilde de corazón” (Mt 11,28). Como Maestro paciente se adapta al caminar lento y sinuoso de sus discípulos. Es un camino de gradual aprendizaje, con altibajos normales en quienes emprenden un camino totalmente nuevo. Paulatinamente los lleva a la luz, atravesando pacientemente por la oscuridad y las resistencias humanas

que encontraba en aquellos hombres rudos e impetuosos, que en más de una ocasión querían hacer las cosas a su manera o solucionar las dificultades y conflictos recurriendo a sus propios recursos.

- *Educa por la presencia, convivencia y acción de calidad en el amor.* Jesús convive con sus discípulos y les enseña, con su ejemplo y testimonio de vida. Es el modelo que señala el rumbo a seguir. Sus actitudes le convierten en un signo del Reino, porque revela, transparente y encarna el amor de Dios. Durante los pocos años de su ministerio público acompaña a sus discípulos, convive con ellos, camina con ellos, se alegra con ellos, sufre con ellos. Con esta convivencia diaria los va formando y los instruye para la misión (Lc 9,1-2; 10,1). Ese modelo de presencia y convivencia será modelo educativo ideal para la trasmisión del mensaje de la Buena Nueva y la preparación de sus discípulos para la misión.
- *Revela el valor educativo del sufrimiento, hasta la cruz.* La persecución y la muerte en la cruz fue el precio que Jesús pagó por su revolucionaria práctica de vida, asumida en una firme fidelidad al plan de Dios. Ese modelo, nos enseña que educar en la solidaridad, teniendo como objetivo la transformación de la sociedad y la profunda realización personal y comunitaria de los hijos de Dios, exige la renuncia y el cultivo de la generosidad. Nos propone que, siempre es necesario asumir la cruz y el sufrimiento, como condición para que germine una vida distinta. En un mundo marcado por el mal, la injusticia y el pecado, es necesaria una donación generosa<sup>11</sup>.
- *Su objetivo final es la educación para una dimensión trascendente de la vida.* Jesús enseña que el deseo de felicidad que existe en el corazón humano tiene su respuesta en Dios. Toda vida humana tiene una dimensión trascendente. De ahí que su ministerio apunte hacia una espiritualidad, necesaria para vivir los verdaderos valores trascendentes de la vida, para curar las heridas del mundo y despertar lo que hay de bueno en cada ser humano. Pero no para una bonhomía, sino para que el caminar humano tenga una fecundidad divina. Toda la enseñanza y vida de Jesús no es un simple dar respuestas precisas a los problemas de la vida, sino un programa de existencia finalizada en Dios.

---

11 Cf. BENEDICTO XVI, Homilía del domingo de Ramos y de la Pasión del Señor (1 de abril de 2007).

## 2. MAESTRO “HISTÓRICO”: MEDIOS PEDAGÓGICOS E INCULTURACIÓN DEL MENSAJE

Jesús es un “maestro histórico”, que usa las técnicas del mundo donde está inserto. En esta “encarnación” (inculturación), manifiesta una característica de incomparable originalidad: una mente ágil y sin rodeos, con una percepción imaginativa de la maravilla y belleza de la naturaleza, y de la unidad entre la naturaleza y el hombre, bajo la solitud del Creador de ambos. Siempre piensa y habla en imágenes y cuadros concretos, para que las personas sacaran conclusiones por sí mismas<sup>12</sup>.

Al leer los Evangelios encontramos una gran diversidad de métodos empleados por Jesús<sup>13</sup>. En Jesús, lo teórico y lo práctico se entrelazaron. Para el Maestro la experiencia vital no fue relato trivial e insignificante, sino punto de partida para entender la situación teológica y existencial en que se encontraban sus discípulos<sup>14</sup> y llevarles a la solución o respuesta que necesitaban. Para ello usó:

- *Frases cortas*. La enseñanza de Jesús se presenta, la mayoría de las veces, en frases cortas (cf. Mc 1,15; 1,17; 1,25; 1,38; 1,41). Los evangelistas reunieron algunas en secciones temáticas, a otras les dieron un marco narrativo en torno a un hecho. Eran frases muy sencillas, claras, lógicas, evidentes, fáciles de comprender, y sin embargo esconden un sentido más hondo y tocan lo más profundo de la persona<sup>15</sup>.
- *Gestos*: Pero, no es sólo el uso de palabras y frases, sino también gestos<sup>16</sup>. Uno de los efectos de su modo de enseñanza, que tanto asombraba a sus contemporáneos, era que su maestría no quedaba reducida al discurso, sino que sus palabras iban acompañadas de gestos, que resultaban salvadores para quienes los recibían, pero que chocaban fuertemente con las tradiciones y costumbres de su tiempo.

---

12 Cf. S. ZANARTU, “Jesús maestro: un estilo y un paradigma para el educador”, en: <http://www.mercaba.org/ARTICULOS>.

13 Cf. V. CUFFARO, “El método pedagógico del Cristo maestro”: *Salesianum* 78 (2016) 607-642. El autor estudia los distintos métodos usados en la enseñanza verbal y en la enseñanza no verbal.

14 Cf. C. J. PAGAN, “La pedagogía de Jesús”, en: [http://www.elmensajero.../agosto\\_2007](http://www.elmensajero.../agosto_2007)

15 Cf. M. ARIAS, *Jesús el Cristo* (Santiago de Chile 1997)101.

16 Cf. DAUSA, *Encuentros con el Maestro*, 32-34.

Entre esos gestos, fue muy llamativo su modo de “tocar” a personas, envueltas por una “intocabilidad” cultural o religiosa. El contacto físico que Jesús establece con ellas no es un acontecimiento fortuito sino intencionado, gesto de rebeldía contra las implicaciones legales que subyacían: Jesús no teme hacerse impuro por el contacto con quienes la Ley consideraba como tales. Al tocar físicamente a los excluidos de la sociedad, Jesús los recibe y los acoge, rompiendo con la alienación en que se encontraban. El tocar de Jesús tiene un significado profundo: es la mano de Dios que se hace cercana y visible en su Hijo, que sana, bendice, protege, comunica vida, perdona y da seguridad.

Otro significado encerrado en muchos de sus gestos, más allá de significar la sanación interior, es la demostración pública de readmisión en la comunidad, con lo cual también se recomponía el sentido de la vida. Los relatos evangélicos nos hablan de la provocación que suponía el gesto de tocar<sup>17</sup> leprosos, muertos o compartir banquetes con los rechazados por la pureza ritual.

- *Imágenes simbólicas.* Formaban parte de la mentalidad hebrea antigua, y por ello son un recurso habitual en todas las formas de enseñanza de Jesús. Al emplear una imagen hay que tener en cuenta que para que provoque el efecto esperado debe corresponder a la realidad que pretende ilustrar; ha de ser significativa y representativa.

Hay realidades profundas que no se pueden expresar mediante el lenguaje común, por eso el mundo del arte, la poesía y las experiencias místicas emplean un amplio bagaje de elementos simbólicos, imágenes cargadas de contenido y significado tanto para quien las formula como para las recibe<sup>18</sup>. Ambos, emisor y destinatario, han de estar familiarizados con la imagen y su significado. Así ocurre en la enseñanza de Jesús: los discípulos y seguidores recibían las verdades proclamadas por el Maestro, conociendo el significado del recurso utilizado para proyectar y apuntar hacia una realidad trascendente.

---

17 El verbo griego *haptomai* (tocar) es muy preciso en los textos en los que aparece.

18 Es evidente que Jesús entiende y conoce bien su tierra y sus habitantes. Las expresiones y los ejemplos evocan y reflejan un conocimiento de la vida del campo y en particular del campo galileo (Mc 4,4-7) (cf. DAUSA, *Encuentros con el Maestro*, 33-34).



- *Preguntas*. Con mayor profusión que otros métodos y recursos usados por Jesús, las preguntas conforman ampliamente la didáctica, instrucciones y exhortaciones del Maestro<sup>19</sup>.

La pregunta obliga a profundizar en lo más hondo de sí mismo y encontrar la respuesta o, en su lugar, dejar abierta la posibilidad para seguir buscando. Las preguntas no son sólo un ejercicio intelectual. También invitan, interpelan, motivan, convierten y conducen a niveles más profundos de la realidad, ayudando a la humanización tanto del ser humano como del mundo. Jesús pregunta para enseñar. Sus interrogantes problematizan situaciones, al tiempo que plantean una incipiente desestabilización<sup>20</sup>. Esa metodología atrae y fascina, pero también provoca irritación.

En no pocas oportunidades, las preguntas que le formulan sus contrincantes son contestadas con otro interrogante. De ese modo, gira de forma drástica la dirección y lógica de la argumentación para, en ese instante, suscitar nuevas condiciones para el desarrollo en la maduración de los oyentes.

- *Parábolas*. Era una forma común de enseñanza en el mundo antiguo y un recurso muy común en la época. Jesús no inventó el género de las parábolas, pero sí las generalizó y usó como forma corriente de enseñanza. Lo hizo para hacer más comprensible y efectivo su mensaje acerca del Reino de Dios: “Con muchas parábolas como éstas Jesús les anunciaba el mensaje, acomodándose a su capacidad de entender. No les decía nada sin parábolas” (Mc 4,33-34).

---

19 Hay tantas, que sería conveniente configurarlas en bloques. Se han encontrado 12 bloques distintos. Algunas plantean una disyuntiva o dilema sin posibilidad de salida (Mc 11,27-33); otras enfocan el dilema para obligar a sus destinatarios a tomar posición (Mc 3,4). Las hay que recurren al sentido común y a la experiencia cotidiana para iniciar un proceso de deducción (Lc 6,39; Mc 2,19; 3,23). Otras conducen a la reflexión sobre verdades profundas de la propia existencia (Mc 8, 36, 37; Mt 6,27). También las hay retóricas, con respuestas implícitas o para que cada uno las responda interiormente (Mc 7,18; 3, 33-35); preguntas que insinúan o contienen un reproche (Mc 8,17; 9,19; 14,37). Otras son preguntas normales, en busca de una información; o son preguntas argumentativas que se refieren a la Escritura (Mc 9,12). Las hay mordaces (Mt 5,46.47); otras se hallan dentro de las parábolas o dan comienzo a las mismas para motivar la reflexión (Mt 18,12-14). Hay preguntas tan capciosas que la misma respuesta se vuelve contra el que la dice (Mt 21,28-32), y finalmente, hay preguntas de claro enfrentamiento con sus adversarios (Mt 22, 18) (cf. A. BRAVO, “El estilo pedagógico de Jesús: las preguntas”: *Revista de Estudios y Experiencias en educación* 62 [2007] 123-128).

20 El tema se halla bien desarrollado en B. TOBAR SOLANO, *Pedagogía de Jesús, Pedagogía popular -recursos y estrategias para construir sujetos sociales participativos* (Centro Ignacio Pedro Arrupe, Quito, s/a de edición).

En su sentido técnico estricto, “parábola” es un relato tomado de la vida ordinaria; una comparación convertida en historia narrada para, finalmente, extraer de ella una enseñanza. Siempre cuenta una historia. Por tanto, no es solamente una simple metáfora, comparación o imagen. Concretamente, en sus parábolas, Jesús utiliza imágenes, tomadas de la vida diaria, conocidas y comprensibles para su auditorio. Sin embargo, por lo general, esas narraciones sufren algún giro sorprendente, que coloca a los oyentes en una posición incómoda, pues, provoca preguntas y dudas. Se trata de narraciones verosímiles en apariencia, en las que de pronto se introducen elementos desestabilizadores. De ese modo se puede afirmar, según algunos autores<sup>21</sup>, que las parábolas “orientan, desorientan y reorientan”.

Si las analizamos con cuidado, descubriremos que promueven por lo general una subversión total de valores tradicionalmente aceptados. No son fábulas, sino que se refieren a determinadas actitudes o comportamientos de personas o personajes, con los cuales los destinatarios se podían relacionar y, lo más importante, tomar posición personal en relación al comportamiento a seguir o evitar.

- *Enseñanza situacional*<sup>22</sup>. Con este título me refiero a las enseñanzas que Jesús extrae de situaciones concretas, que están ocurriendo en ese momento histórico. Encontramos muchos ejemplos de este recurso didáctico. El Maestro estaba atento a la realidad circundante, a las personas y acontecimientos ofrecidos por la vida misma, y los convertía en un canal adecuado para transmitir un mensaje trascendente.

Su mundo es el mundo de lo diario, con sus hechos sociales, civiles, religiosos, domésticos. Con su fino sentido de observación capta muy bien cómo actúan los hombres: cómo hacen negocios, o se relacionan con los hijos; cómo operan los ladrones; cómo se busca trabajo o se comportan en los banquetes; cómo se ora en el templo. Nada escapa a su vista y todo le sirve para dar lecciones de vida a sus seguidores e, incluso, a sus capciosos enemigos.

Jesús, el “Maestro de los maestros”, supo combinar, de modo sorprendente, la sencillez, la creatividad y la eficacia metodológica, logrando

---

21 Cf. DAUSA, *Encuentros con el Maestro*, 36-37.

22 Cf. BRAVO, “El estilo pedagógico de Jesús: las preguntas”, 123.

que sus enseñanzas quedaran grabadas en la mente y el corazón de sus discípulos y oyentes. Además, lo que resulta más significativo y digno de imitación es que, con su mensaje, logró cambios profundos en la vida de quienes escucharon sus palabras llenas de sabiduría.

- *Centralidad de la persona*. Sin embargo, no perdamos de vista que la pedagogía de Jesús no tiene como único objetivo la transferencia de conocimientos. Su propuesta busca, ante todo, asegurar y fortalecer todas las condiciones posibles para lograr que el ser humano asuma un auténtico proceso de liberación.

Si tuviéramos que resumir los aspectos pedagógicos desarrollados en uno solo, optaríamos por proponer el acento puesto en la persona humana liberada, como supuesto, parámetro y meta de cualquier proceso educativo. Y, para lograr este efecto, nada mejor que el “*principio misericordia*”<sup>23</sup>.

Para lograr la conversión del oyente y transformarle en seguidor, Jesús propone este “principio”. No es simplemente un método pedagógico sino también el efecto definitivo buscado: es el requisito que Jesús propone como perfil de la persona transformada por su mensaje –lejos del discípulo cumplidor de los mil mandamientos y leyes–. Se trata de una clave fundamental para comprender no sólo el mensaje del Evangelio, sino también la actitud para cooperar en el mismo plan de salvación al que Jesús entrega toda su vida.

## II. JESUCRISTO, MAESTRO QUE REVELA LA VERDAD DE DIOS<sup>24</sup>

La vida de Jesús está totalmente centrada en su Padre. Y justamente esta convivencia, le convierte en maestro indispensable para los otros hijos de Dios, sus hermanos. La raíz de su enseñanza y testimonio es *transcendente*: “no hago nada por mi propia cuenta sino que, lo que el Padre me ha enseñado,

---

23 Cf. J. SOBRINO, *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados* (Santander 2007).

24 Cf. W. KASPER, *El Dios de Jesucristo* (Salamanca 1986) 265-357; P. CODA, *Dios Uno y Trino. Revelación, experiencia y teología del Dios de los cristianos* (Salamanca 2000) 169-251; F. L. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad* (Salamanca 1998) 239-427; R. FERRARA, *El misterio de Dios. Correspondencias y paradojas* (Salamanca 2005) 471-640.

eso es lo que hablo” (Jn 8,28). Lo que Jesús revela-enseña es la enseñanza del Padre, transmitida de acuerdo a las Escrituras, no para desarrollar las facultades intelectuales, sino para invitar a decidirse y a obedecer a ese Padre.

Jesucristo nos revela la auténtica verdad de Dios, pues, revela a Quien conoce, obedece y en Quien vive: revela a Dios del modo más auténtico, porque está fundado en esa única fuente de conocimiento. En esto consiste la diferencia esencial de la revelación de Dios que Él trae: para hablar de Dios es Dios mismo hecho hombre.

Sería óptimo poder precisar y expresar todas las claves y significados que Jesús manifiesta al hablar y revelar a Dios, su Padre, pero tendremos que contentarnos con reseñar las más sobresalientes:

- “Padre” es el nombre propio de Dios<sup>25</sup> y el que mejor resume lo que Dios es. Jesús supera las creencias del A.T. y aporta una experiencia totalmente original; se atreve a llamarlo “abbá” (Rm 8,15; Gal 4,6; Mt 6,9), con una intimidad y familiaridad desconcertantes. No hace teorías sobre “Dios”, sino que siempre se refiere a Él en situaciones concretas, buscando constantemente los signos de su presencia en el mundo. (Lc 11,30). Invoca a Dios como Padre bondadoso, que se preocupa de romper toda opresión para liberar al ser humano de la ley y conducta inhumana (Lc 5,17-26; Jn 5,8-9).

Esta relación con Dios como Padre es un elemento tan fundamental del mensaje de Jesús, que provoca la denominación como Hijo. En la apelación de “Padre”, Jesús recoge lo que de absoluto hay en Dios, (como origen de la vida y del Reino) y lo que hay de amor en ese origen como fundamento último de toda realidad. Son dos formas correlativas de entender la paternidad y la divinidad: *Dios es Padre* (y si no lo fuera sería un Dios desentendido del mundo) y *el Padre es Dios* (y si no lo fuera sería un Padre impotente en el mundo).

---

25 Cf. C. DUQUOC, *Dios diferente* (Salamanca 1978) 50; E. SCHILLEBEECKX, *Jesús, la Historia de un Viviente* (Madrid 1983): La experiencia de Dios en Jesús, 235-244. M. CAMPS I GASET, *El Dios de Jesucristo* (Barcelona 1980): La relación filial de Jesús con el Padre, 41; J. SOBRINO, *La Oración de Jesús y del Cristiano* (Bogotá 1981): Dios es amor y es Padre, 44. NUEVO DICCIONARIO DE TEOLOGIA (Madrid 1982): Rostro filial de la persona de Jesús, 812-814; Dios Padre en el Evangelio del Reino, 1258-1261; L. BOFF, *El Padre Nuestro* (Madrid 1982) 41-42; S. SABUGAL, *El Padrenuestro en la Interpretación Catequética Antigua y Moderna* (Salamanca 1982): Padre nuestro que estás en los cielos, 57-118.

- *Dios es Padre y su Reino está cerca.* Toda la vida de Cristo es revelación del Padre y de su Reino. Son dos temas íntimamente ligados: Dios es Padre haciendo presente su Reino en el mundo. El Reino es la garantía de la paternidad de Dios y la paternidad de Dios es la causa del Reino. No es casual que estos sean los temas nucleares de la oración cristiana: el padrenuestro. Como en el Antiguo Testamento, para Jesús, Dios se revela actuando. La acción principal de Dios es realizar su Reino en el mundo<sup>26</sup>.

El Reino de Dios es una *realidad ya presente* en el mundo. Despunta a través de las obras y predicación del “sacramento” del Padre. El Reino de Dios no es una realidad estática, un lugar o un país determinado, sino una realidad personal y dinámica: es *Dios mismo que entra en el mundo y actúa en él*. Es Dios quien está actuando como poder salvador para todos los hombres. Por eso, los milagros del Hijo son signos del Reino; sacan a la luz la realidad oculta de Dios, que se opone a todo aquello que oprime y destruye a la humanidad<sup>27</sup>. El Reino, además de cumplimiento final de la Promesa que alentó toda la historia de Israel, es la certificación del modo de ser y de actuar de Dios (Lc 10,21-24 y paralelos).

Por tanto podemos decir que *la vida de Jesús es explícitamente teológica e implícitamente cristológica*. Es explícitamente teológica porque el centro de su predicación y su vida no es Él mismo, sino Dios Padre y su Reino. Es implícitamente cristológica porque la realidad del Reino de Dios en el mundo es inseparable de la persona de su heraldo<sup>28</sup>: Jesús.

- *Dios, tiene un rostro humano, Jesús.* Él no revela “cosas” sobre Dios, sino que es la forma humana de decírsenos Dios. En el decir y actuar de Jesús se transparenta, realiza y comunica humanamente Dios. Por esto dice San Juan que Jesús es “*la Palabra*” (Jn 1,1); no “una” palabra más sobre Dios o una palabra de Dios. Y San Pablo dice que Jesús es “*la imagen de Dios*” (Col 1,15; 2 Co 4,4). Dios se nos hace plenamente presente y activo en la humanidad de Jesús; no “a pesar de” o “al margen de” su humanidad, sino en su misma humanidad (Hb 1,1-4). Si Dios

26 Cf. R. AGUIRRE, “El Reino de Dios y sus exigencias morales”, en: *ib.*, *La mesa compartida. Estudios del NT desde las ciencias sociales* (Santander 1994) 135-163; J. M<sup>o</sup> CASTILLO, *El Reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos* (Bilbao 1999). A. GONZÁLEZ, *Reinado de Dios e imperio. Ensayo de teología social* (Santander 2003).

27 Cf. D. BONHOEFFER, *Venga a nosotros tu reino. Creer y Vivir* (Salamanca 1985).

28 Cf. CCE, 535-560.

se ha hecho hombre en Jesús, tenemos que decir que Jesús es desde ese instante el rostro humano de Dios, es decir, el que nos descubre a Dios con rasgos humanos. Ese Dios al que nadie ha visto jamás, en Jesús adquiere un rostro humano y se deja ver. Toda idea de Dios que no pueda verificarse en Jesús, es un invento humano sin valor.

Todo lo que nosotros podemos saber de Dios se ha precisado en Jesús y desde Jesús. A través de su vida, –sus gestos, actuación, mensaje y muerte en la cruz–, descubrimos lo que es Dios para nosotros; cómo reacciona ante el hombre, cómo se interesa por él y su salvación.

Dios en sí es “invisible” (1 Tm 1,17). Y, en Jesús, Dios en cuanto tal no se hizo visible. Sin embargo, mostró el único camino que nos puede llevar con seguridad a él. El mensaje de Jesús consiste en afirmar que nada se adelanta en querer conocer a Dios en sí mismo, directamente. La única manera de saber algo con respecto de Él, es a través de Jesús. Quien ve y contempla a Jesús, entenderá todo lo que se puede entender de Dios en este mundo. “El es imagen de Dios invisible” (Col 1,15); el único que con toda verdad puede darlo a conocer (Jn 1,18).

Jesús confiesa que en Él se hace realidad la ‘visibilidad’ de Dios. Lo ha dicho concisamente San Ireneo: “La realidad invisible del Hijo era el Padre y la realidad visible del Padre era el Hijo”<sup>29</sup>. Así, pues, en Jesucristo, se realiza la autorrevelación de Dios en toda su plenitud (DV 2). La atrevida petición de Felipe: “Señor, muéstranos al Padre, que eso nos basta” (Jn 14,8), expresa la más profunda aspiración de la humanidad en busca de Dios. Y la respuesta de Jesús asegura que esta aspiración ya ha sido colmada: “Quien me ve a mí, está viendo al Padre” (Jn 14,9). Éste es el único “camino” para poder conocer y llegar a Dios. Ésta es la “verdad” de Jesús: “Nadie se acerca al Padre sino por mí; si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre” (Jn 14,7). Ésta es justamente la “vida” que él nos trae. El hombre Jesús es la imagen pura y fiel del Dios invisible. Toda su existencia humana tiende a hacer ver al Padre. En Jesús se ha hecho presente Dios, con su actuación amorosa, perdonadora y regeneradora. Después de Jesús ya no podemos creer en un Dios alejado e intocable, que vive en las alturas de su cielo, ajeno a los problemas de los hombres. Jesús nos ha mostrado con su vida la bondad

---

29 IRINEO DE LYON, *Adv. haer.*, IV, 6, 6.

de Dios: un Dios bueno, que se hizo pequeño, se hizo historia, tomó nuestra condición humana y se entregó totalmente a nuestro servicio. Los hombres solos no hubiéramos pensado jamás que Dios se podría acercar tanto a los humanos.

En Él “se hizo visible la bondad de Dios y su amor por los hombres” (Tt 3,4). Mostró con su vida, que Dios es ternura y solidaridad para con todos, en especial los pobres y pecadores, quienes ocupan un lugar privilegiado en la vida de Jesús. Por eso entre los rasgos más característicos de Jesús está su compasión para con los despreciados y empobrecidos. Los numerosos milagros de Jesús son reflejo de la actitud de compasión del Padre hacia todos.

- *Desenmascara las falsas imágenes de Dios.* Por tanto, si en Jesús se visibiliza la auténtica imagen de Dios, el comportamiento de Jesucristo será la crítica más patente de las diversas imágenes que la gente tiene, muchas de ella contrarias a la realidad de Dios. Y, aunque sea importante desenmascarar la falsedad de esas imágenes, lo es más porque en nombre de esas formas concretas de imaginarse a Dios se justifican acciones contrarias a la voluntad de Dios. Por ello, la enseñanza de Jesús tiene dos perspectivas o enfoques: esclarecer la verdadera realidad de Dios y desenmascarar las falsas imágenes, en cuyo nombre se oprime a los hijos de Dios.

Ve con claridad la distancia entre el Plan original de Dios –que todos los hombres tengamos vida plena en todos los sentidos–, y las consecuencias de una mala interpretación de Dios y su Plan. Por eso se muestra radicalmente inconforme con los aspectos deshumanizantes de la situación religiosa de su tiempo y de su pueblo, y lucha decididamente contra ellos. Los derechos de Dios no pueden estar en contradicción con los derechos del hombre. Cualquier supuesta manifestación de la voluntad de Dios, que vaya en contra de la dignidad de los seres humanos, se convierte en negación automática de la más profunda realidad de Dios. La discrepancia radical entre Jesús y sus opositores, (escribas, fariseos y saduceos), no se centraba en teorías sobre Dios. Jesús y sus adversarios estaban de acuerdo en los atributos divinos. Sin embargo, había un dato en el que estaban radicalmente enfrentados: Jesús no podía admitir los efectos destructores de una práctica religiosa, realizada en nombre de un Dios que decían era el mismo de los Patriarcas, pero que había per-

dido su talante de “liberador”. Si el Dios al que veneran los líderes de Israel no libera, ese Dios no es el Dios de Abrahán, de Moisés o de los profetas. Jesús suscita una verdadera revolución en torno al concepto de Dios: un Dios distinto, imprevisible, desconcertante<sup>30</sup>.

Jesús, en su maestría nos enseña a irnos liberando de ese Dios ambiguo, –producto de nuestra imaginación, nuestros sueños, miedos o egoísmos–, para ir descubriendo el rostro del Padre: Alguien que ama al hombre desinteresadamente; que no es el rival del hombre sino padre interesado en su liberación y salvación total; Alguien que sabe perdonar siempre; que defiende siempre la justicia y la verdad.

- *Dios revela sus secretos, preferentemente, a los sencillos.* Jesús gozó al darse cuenta de que los secretos de Dios eran entendidos por los pequeños, y permanecían, en cambio, escondidos a los “sabios”. Al revelar los misterios a los sencillos, el Padre revela en ello su “manera de ser”. Un hecho de este tipo revela la mano de su autor. Sólo el Padre Dios podía haberse comportado así. Y Jesús admira esta “originalidad” del Padre, opuesta al sentir de muchos humanos.

Esta bondad de Dios significa gozo y júbilo para los pobres. Ellos han recibido una riqueza ante la que palidecen todos los otros valores (Mt 13,44-46). Experimentan que Dios los acepta, aún cuando sus manos estén vacías. Así es como la sala de banquete de bodas se llena, aunque los invitados importantes rehúsen asistir (Mt 22,1-10).

- *Dios, fiel a sus promesas.* En Cristo resucitado, Dios se descubre como un Padre fiel a sus promesas de salvar al hombre por encima, incluso, de la muerte. Dios es incapaz de abandonar en la muerte al que le invoca con fe, como Padre. Si Dios ha resucitado a Jesús, quiere decir que Dios no abandonará a los hombres, no defraudará nunca la esperanza que los hombres pongan en El, no permitirá jamás el fracaso final de aquellos que le invoquen como Padre.

---

30 Según el Dios de Jesús, los que parecían buenos no lo son; los que parecían malos, son bendecidos. La pecadora que se arroja a los pies de Jesús queda justificada (Lc 7,36-50). No condena a la mujer adúltera (Jn 8,1-11). Los despreciados publicanos y prostitutas son puestos por delante de los piadosos fariseos (Mt 21,31). Pone como ejemplo al despreciado samaritano (Lc 10,30-37). La viuda pobre agrada más a Dios con sus centavos, que los ricos que dan para el templo grandes sumas de dinero (Lc 21,1-4). Jesús desenmascaró la manipulación del misterio de Dios o la hipocresía religiosa, que sirve como alivio para desoír las exigencias de justicia.



Y este punto es donde se engarza una nueva reflexión extraíble de la realidad vivida por Jesucristo: Dios se nos descubre como Alguien que no está conforme con un mundo injusto en el que los hombres somos capaces de crucificar al mejor hombre que ha pisado nuestra tierra. Al resucitar a Jesús, Dios nos descubre su reacción y su protesta final ante un mundo de injusticia y de violación de la dignidad humana.

- *Dios, vencedor de la muerte y futuro del hombre*. Dios no es solamente el Creador, sino un Padre, lleno de amor y de vida, capaz de superar el poder destructor de la muerte y dar vida a lo que ha quedado muerto (Ef 1,18-20).

La pasión y muerte de Jesús se convierten en revelación del misterio de amor de Dios, quien, al hacer gala de su inmensa omnipotencia para amar, se expone inmensamente a los sufrimientos que le pueda acarrear este amor. En la cruz<sup>31</sup>, contemplamos cómo en el “Hijo de Dios”, el Dios, eterno, todopoderoso, principio y fin de todo, ha “perdido” su poder, se ha unido a nuestro destino y queda afectado por nuestra situación. Es Dios entregado por el Amor quien ha pasado de ser el Dios del Poder al Dios del Amor<sup>32</sup>.

La única omnipotencia que Dios revela en Cristo es la omnipotencia del amor doliente. Dios no es otra cosa que amor; por eso el Calvario es la revelación ineludible de su amor en un mundo de males y sufrimientos. En Jesús se manifestó el Padre, paciente y doliente, no el omnipotente; el Dios generoso, doliente, crucificado. Dios se nos revela porque sufre y porque sufrimos; porque sufre exige nuestro amor, y porque sufrimos nos da el suyo.

Sin la cruz, Dios estaría por una parte y nosotros por otra. Pero por la cruz, Dios se pone al lado de las víctimas, de los torturados, de los angustiados, de los pecadores. La respuesta de Dios al problema del mal es el rostro desfigurado de su Hijo, “*crucificado por nosotros*”. La cruz nos enseña que Dios es el primero que se ve afectado por la libertad que él mismo nos ha dado: muere por ella. Nos descubre hasta dónde

31 Cf. BENEDICTO XVI, “La teología de la cruz en la predicación de San Pablo” (Audiencia general, 29 de octubre de 2008).

32 Estamos ante una visión bipolar de Dios. Una imagen de Dios “en tensión”. El Dios todopoderoso, convertido en impotente. El Dios eterno, hecho hombre mortal. El Dios infinito, llorando, necesitando que le cuiden, afectado por el sufrimiento y el dolor. Dios, al encarnarse, ha asumido nuestra historia y, desde entonces, nuestra historia es su vida (cf. J. R. BUSTO SAIZ, *Cristología para empezar* [Santander 1991] 116-123).

llega el pecado, pero al mismo tiempo nos descubre hasta dónde llega el amor. Dios no aplasta la rebeldía del hombre desde fuera, sino que se hunde dentro de ella en el abismo del amor.

En vez de tropezar con la venganza divina, el hombre sólo encuentra unos brazos extendidos. En ninguna parte, Dios es tan Dios como en la cruz: rechazado, maldecido, condenado por los hombres, pero sin dejar de amarlos, siempre fiel a la libertad que nos dio, siempre “en estado de amor”. En ninguna parte Dios es tan poderoso como en su impotencia. Si el misterio del mal es indescifrable; pero el del amor de Dios lo es más todavía. Al resucitar a Jesús, Dios se nos descubre como Alguien que no permitirá que una vida humana, vivida en el amor y obediencia a su voluntad, termine en el fracaso de la muerte. Dios es el futuro que le espera al hombre que sabe amar.

- *Finalmente, el Padre es el Dios del perdón y de la misericordia.* Parte integral del amor es la capacidad de perdonar. Jesús vino a ofrecernos personalmente, de una forma mucho más cercana, la misericordia y la fidelidad del Padre Dios. Él invita a su mesa a publicanos, pecadores, marginados o reprobados... (Lc 14,16-24). Cada página del Evangelio nos habla del escándalo que Jesús provoca llamando a los pecadores. Continuamente le pidieron explicaciones por su actitud incomprensible, y siempre dio la misma respuesta: Dios así lo quiere. El Padre abre la puerta de la casa al hijo arruinado; el Pastor que se llena de alegría cuando encuentra la oveja perdida; el Rey que invita a su mesa a los pobres y mendigos. Dios experimenta más alegría por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos. Es el Dios de los pequeños y de los desesperados. Su bondad y misericordia no tienen límites.

Las actitudes del “Padre bueno” son la alegría y generosidad para con los pecadores que vuelven al hogar. Jesús fue ejemplo vivo del perdón de Dios. Anuncia a un Dios cercano y familiar, al que se puede acudir con la confianza de un niño. (Mt 11,25; Lc 10,21). Un Dios que busca al pecador, que prefiere a los marginados de este mundo, que derriba a los poderosos (Mt 21,31; Lc 1,52-53). Un Dios amor que sale al encuentro del hombre (Jn 4,8-9). Un Dios-comunidad, que invita a la fraternidad universal. Un Dios que no se queda esperando nuestra penitencia, sino

que se presenta como un amor que busca lo perdido, precisamente porque está perdido (Lc 15,4-7).

### III. JESUCRISTO, MAESTRO, REVELA LA VERDAD DEL HOMBRE<sup>33</sup>

Tras lo dicho con anterioridad, bien podemos aceptar que Jesús de Nazaret fue una persona histórica que “abrió una brecha en la conciencia de la humanidad”, un verdadero maestro de humanidad, porque se hizo verdadero hombre.

Se trata de una verdad fundamental de nuestra fe: “Credimus... Deum verum et hominem verum non phantasticum, sed unum et unicum Filium Dei”<sup>34</sup>. En su manera de hablar y de vivir, Jesús no sólo se comporta como un verdadero hombre, sino también como un hombre verdadero, es decir, como alguien que realiza a la perfección la vocación del hombre. Si se ahonda aún más en el alcance de su comportamiento, se puede decir que Jesús es la verdad de hombre

El Concilio Vaticano II nos recuerda la misma doctrina al subrayar la relación nueva que el Verbo ha inaugurado con todos nosotros al encarnarse y hacerse hombre como nosotros<sup>35</sup>. Jesucristo, “mediador entre Dios y el hombre”, revela el modelo auténtico del verdadero hombre, al tiempo que ilumina cómo desea Dios que sea ese hombre. Cristo es el “perfectus homo”, que revela cómo ha de ser entendida y vivida esa humanidad<sup>36</sup>. Sólo, el misterio del Verbo encarnado ilumina el misterio del hombre<sup>37</sup>. Sólo a partir de Cristo sabemos lo que es el hombre, como sólo a partir de Él sabemos quién es Dios.

33 Cf. M. GELBERT, *Jesucristo, revelación del misterio del hombre* (Salamanca-Madrid 1997)

34 Concilio Lugdunense II: DS 852.

35 “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22). Y, posteriormente, afirmará: “el que sigue a Cristo, hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre” (GS 41).

36 San Juan Pablo II, en su propuesta para la reflexión y espiritualidad cristiana de nuevos misterios del Rosario, dice: “quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida, descubre también en Él la verdad sobre el hombre. Siguiendo el camino de Cristo, el cual ‘recapitula’ el camino del hombre, desvelado y redimido,... De este modo, se puede decir que cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre” (Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, 25).

37 Cf. L. F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos* (Madrid 2007). Particularmente señalados son los dos primeros capítulos: “Cristo, ‘perfecto hombre’ y ‘hombre perfecto’” (19-41); “La antropología cristiana como propuesta de un nuevo humanismo” (43.77).

Este modelo se hará más explícito en la invitación de Cristo a su seguimiento: la salvación y perfeccionamiento de la identidad del ser humano está unida a este seguimiento, de forma que ya podríamos concluir que la invitación que realiza Jesús a su seguimiento es la invitación a obtener la plena realización del hombre, la concretización de su esencia más profunda<sup>38</sup>.

¿En qué consiste esta verdad del hombre que Jesús nos revela? Puede resumirse en el término “para”: Jesús vive para los demás, para sus hermanos los hombres; vive para Dios, su Padre, de tal modo que no se pueden separar estas dos orientaciones. Toda su vida está vuelta hacia estos dos horizontes, que en realidad no son más que uno. No hay en Él ningún conflicto entre el servicio a los demás y el servicio a su Padre. Esta doble orientación no es sino cumplimiento de los dos mandamientos principales de la Ley, que Jesús asume sin titubear. De esta doble referencia brotan cuatro grandes rasgos que exponen la auténtica identidad del hombre:

- Cristo nos manifiesta que la humanidad más plena y perfecta es precisamente la humanidad abierta a la trascendencia.
- del mismo modo que Jesús fue creciendo, ser hombre es devenir hombre, hacerse hombre, completar la historia de la realización humana. En este sentido podemos afirmar, como lo hace con frecuencia Hebreos (Hb 7,10), que Jesús se fue haciendo Hijo, llegó a la perfección<sup>39</sup>, a la consumación, mediante la fidelidad y la obediencia filial. Su filiación divina es naturaleza, pero es también tarea, vocación y misión. Ésta es su forma humana de ser Dios y es la historia humana de Dios, el rostro humano de Dios<sup>40</sup>.
- la humanidad de Jesús se traduce en términos relacionales de filiación. Esta relación le remite necesariamente al Padre y también al Espíritu. En

---

38 Hay muchos pasajes paulinos en los que la configuración con Cristo resucitado –expresada con diferentes formulaciones–, es vista como la plenitud a la que somos llamados (cf. Rm 8,29; 1 Co 15,49; 2 Co 3,18; Ga 4,19; Col 2,12; 3,4, etc.).

39 El hombre perfecto es Cristo y en él y sólo en él se descubre lo que significa la perfección del hombre. Esto es lo que se indica *Gaudium et Spes* (GS 22; cf. GS 23) y *Redemptor Hominis*: “Realmente el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación, pues Él mismo, el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre” (RH 8). Y más adelante se reitera en la misma cita del texto conciliar, explicitando que “no se trata del hombre abstracto sino real; del hombre concreto, histórico” (RH 13).

40 Cf. L. BOFF, *Jesucristo y la liberación del hombre* (Madrid 1981) 193.

Jesucristo aparece esta doble dimensión, muy reveladora para nuestra propia comprensión: cuanto más humano se muestra, tanto más divino, y viceversa<sup>41</sup>. Jesús “ha dado la medida de lo humano”<sup>42</sup>. Por eso, E. Schillebeeckx acierta cuando afirma que Jesús nos enseña qué significa realmente “ser hombre”<sup>43</sup>.

- La mayor cercanía de Dios lleva a la plenitud del hombre<sup>44</sup>. Y, precisamente, el hecho de que sea Él quien venga a redimirlo es aducido como signo de que la renovación que Cristo trae no se limita a la liberación del pecado, sino que significa la realización de lo que había sido diseñado por Dios desde el comienzo. El hombre es liberado por Aquél que había sido el modelo de su creación.

En Cristo se revela el misterio de Dios Amor y el misterio del hombre<sup>45</sup>, hecho a imagen y semejanza del Amor. Por eso, cuando se revela el misterio del Amor se está revelando la más profunda verdad del hombre: éste, en lo más hondo, “recibe” toda su existencia y toda su actividad del Dios creador. Por así decirlo, la criatura humana es “primero” de Dios<sup>46</sup> y, sólo en virtud de ello, es ella misma: su existencia y su vida están “fundadas” en Dios.

41 Cf. A. TORRES QUEIRUGA, *Repensar la cristología. Sondeos hacia un nuevo paradigma* (Estella 1996) 342.

42 O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo* (Salamanca 1997) 348.

43 “En otras palabras, que nuestro concepto de ‘humanidad’ no sea la medida para hablar de Jesús, sino que su humanidad sea la pauta para hablar de nosotros mismos. Tal vez él es la revelación divina de lo que significa propiamente ‘humanidad’ y ahí es donde se revela qué es la divinidad... La cuestión es si nuestro concepto de ‘humanidad normal’ puede servir aquí de criterio. Pero si Jesús es verdadero hombre, al tiempo que la fe cristiana afirma de él que es la revelación personal del Padre –del Dios vivo–, entonces tendremos que aceptar realmente las consecuencias de la presencia salvífica de Dios en las dimensiones y los estrechos límites de la humanidad de Jesús” (cf. SCHILLEBEECKX, *Jesús. La historia de un viviente*, 566-567).

44 Cf. K. RAHNER, “Problemas actuales de cristología”, en: *Escritos de teología*, I (Madrid 1963) 169-222.

45 “El hombre... permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor revela plenamente al hombre al mismo hombre” (RH 10). En Cristo se revela el misterio de Dios Amor, que busca al hombre para plenificarle y otorgarle estabilidad, y el misterio del hombre, porque éste está hecho a imagen y semejanza del Amor.

46 Esta creaturalidad o “ser de Dios” indica una referencia constitutiva a Dios. De ello se deducen tres rápidas conclusiones: primera, que la medida de su ser habrá de estar constantemente abierta a una consciente presencia recíproca entre Dios y el hombre. Y, por consiguiente, este “ser de Dios” que acompaña al hombre en todo instante, por ser el fundamento y fuente de su humanidad, es a la vez la raíz y alimento de su religiosidad. Segunda, si la dependencia es constitutiva del ser humano, no puede haber contradicción entre “ser de Dios” y “ser uno mismo”. Schillebeeckx nos lo explica: los dos aspectos –ser uno mismo y ser de Dios– no son aspectos parciales de una misma realidad, de forma que lo uno no añada

Varias serían las consecuencias para “definir” al hombre desde Cristo:

- *El hombre, imagen de Dios.* Si Dios se ha encarnado en el hombre Jesús, esto quiere decir que el hombre puede traducir, revelar y expresar de manera humana el misterio de Dios. Se nos descubre así a los creyentes la gran dignidad del hombre: ser imagen de Dios. Vivir desde Dios y para Dios no es algo deshumanizador o alienante. La vida de Jesús es verdaderamente humana, no “a pesar de”, sino precisamente “porque vive” enteramente desde Dios y para Dios. Nosotros somos humanos en la medida en que el amor, la verdad, la justicia, la libertad y el perdón de Dios se van manifestando en nuestra vida.
- *El hombre, lugar de encuentro con Dios.* Si Dios se ha hecho hombre, los creyentes sabemos, a la luz de Cristo, que Dios puede y debe ser encontrado en el hombre. No es necesario abandonar el mundo y alejarnos de los hombres para buscar a Dios en la lejanía del cielo. A Dios lo podemos encontrar dentro de los límites de la existencia humana. Tomar la vida humana en serio es empezar a tomar en serio a Dios. Quien acepta la vida con sus sufrimientos y alegrías, con sus trabajos e interrogantes, con sus problemas y misterios, está aceptando, de alguna manera, a ese Dios que se ha encarnado en nuestra misma humanidad. Si Dios se ha hecho hombre en Cristo, acoger al otro hombre es ya, de alguna manera, acoger a Dios.
- *La historia del hombre tiene una meta.* Con la resurrección de Jesús se nos ha desvelado el sentido último de la historia. Ahora sabemos que la humanidad no camina hacia el fracaso; la historia de los hombres no es algo enigmático, oscuro, sin meta ni salida alguna. En el Resucitado se nos descubre ya el horizonte que da sentido a la historia humana. La fe en la resurrección es fuente de liberación. El que cree en la resurrección tiene una nueva fuerza de liberación ya que su vida no puede, en definitiva, ser detenida por nada ni por nadie. La fe en la resurrección puede y debe dar a los creyentes capacidad para vivir entregados

---

nada nuevo a lo que ya es lo otro. Ser uno mismo y ser de Dios no son sino una única realidad contemplada desde dos aspectos distintos (¡pero nunca contrarios!). Tercera, si a la luz del misterio de Dios se ilumina el misterio del hombre, es lógico que nunca acabemos de entender lo que encierran estos dos grandes misterios, pero también será lógico que nunca les separemos (cf. SCHILLEBEECKX, *Jesús. La historia de un viviente*, 591).

sin reservas, de manera incondicional y sin presupuestos. La fe en la resurrección se debe convertir para el creyente en una llamada a la liberación individual y colectiva.

En la resurrección de Jesús se manifiesta la fuerza resucitadora del Espíritu. Una vida animada por el Espíritu de Jesús no terminará en la muerte. Resucitaremos en la medida en que hayamos vivido con el Espíritu de Cristo. De todos nuestros esfuerzos, luchas, trabajos y sudores, permanecerá lo que haya sido realizado en el Espíritu de Jesús, lo que haya estado animado por el amor (Ga 6,7-9).

- *El hombre adquiere su valor definitivo en manos de Dios.* Dios, al revelarse en su Hijo, hace patente la dimensión más profunda del ser humano (RH 10). Dios define, en su Hijo, qué es lo que debería ser y el destino final del hombre. Y la respuesta a esa revelación es una fe expresada en una actitud de radical apertura<sup>47</sup> al misterio de nuestra existencia, y de aceptación amorosa del mismo, actitudes que modifican el camino de la vida. Creer en Dios es un modo de vivir, confiando, entregándose y abandonándose en sus manos<sup>48</sup>.

De lo dicho se deduce que creer es más que un radical y ontológico confiarse al Tú divino. Es, también, abrirse a lo que nos dice y aceptarlo; escuchar y aceptar su proyecto sobre el hombre y su revelación sobre lo más profundo de nuestra identidad<sup>49</sup>.

Por esa misma razón, la fe cristiana se convierte en fuente permanente de humanización ya que, Cristo, se nos revela el valor infinito que el hombre tiene para Dios, quien ha entregado por la criatura la sangre de su propio Hijo. El fundamento radical de la valía ontológica de cada ser humano se halla en el Hijo hecho hombre.

Nada pierde tanto al hombre como la ignorancia de su propio y verdadero ser. Sólo quien se sabe radicalmente aceptado puede llegar a tener cabal idea de quién es en realidad; sólo así puede asumirse como alguien que cuenta para Dios. La Palabra hecha carne hace sabedor al hombre de su más profunda e íntima identidad: ha sido aceptado por Dios. Esa aceptación no es una llamada al aislamiento, sino a la auten-

---

47 Cf. K. RAHNER, *Escritos de teología*, IV (Madrid 1965) 539.

48 Cf. J. RUIZ DE LA PEÑA, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental* (Santander 1988) 176-187.

49 Cf. L. BOFF, *Gracia y liberación del hombre* (Madrid 1978) 223-224.

ticidad que se enraíza en la experiencia de ser amado hasta la hondura más interior.

- *Dios mismo se hace presencia en el hombre, para posibilitar a éste vivir en su Presencia.* El creyente ha descubierto la *Presencia* que lo habita y lo lleva hacia *Ella*. El hombre sólo es hombre en la medida en que comulga con alguien distinto de él. Cuanto más entrega su mismidad y se relaciona con el absolutamente Otro, tanto más es él mismo. Sin embargo, el camino para “experimentar” al Dios revelado en Jesucristo es recorriendo la senda de Su “anonadamiento”. Dios no se manifiesta como el todopoderoso, ni el absolutamente inalcanzable, sino como “enamorada compañía” que nos observa embelesada ofreciéndonos su amor y retirándose, casi con timidez, para no obstaculizar nuestra búsqueda. En palabras de S. Weil, Dios se “agota” para alcanzar el alma y seducirla; agotamiento que no es otra cosa que el abajamiento o humillación de Dios para lograr la respuesta amorosa del hombre<sup>50</sup>. Sería fácil entender una transformación procedente de una causa externa, pero no es esa la realidad del don divino. Este se configura como una entrega de amor pleno, que nos es donado para que habite en nosotros. Y al habitarnos nos transforma: la transformación es efecto de la inhabitación divina<sup>51</sup>. El amor de Dios crea un nuevo modo de ser en el hombre justificado, de modo que sus actos y actitudes son verdaderamente humanos, precisamente porque ese amor divino es capaz de transformar al amado y posibilitarle la capacidad de amar. Y, ¿cómo llega ese amor a habitar en el hombre? Por medio de su Palabra acogida con fe<sup>52</sup>. El hombre comienza a existir, como sujeto verdadero, cuando interioriza esa Palabra del Amor. Esta Palabra permite al hombre tomar conciencia de su autonomía; le ofrece un principio de comportamiento, una línea de conducta y la posibilidad de construir su propio porvenir. Ella suscita en el hombre el auténtico sentido, despierta la propia identidad y le abre toda la capacidad de desarrollo. Sólo así, el hombre se convierte en sujeto del diálogo que Dios había imaginado

50 Cf. T. LEÓN, “Experiencias de Dios en la vida cotidiana”: *Selecciones de Teología* 46 (2007) 5-6.

51 Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología* I, q. 8, a. 3; q. 43. a. 5: “Dios está presente en la criatura como lo conocido en el que conoce, lo deseado en quien lo desea y lo amado en el que ama”.

52 Cf. M. GELABERT, *Salvación como Humanización* (Madrid 1985) 131-144.



desde antes del comienzo de los tiempos. Esa Palabra le “engendra” y, mediante un “nuevo nacimiento”, le proyecta hacia una nueva existencia.

#### **IV. CONCLUSIÓN**

La figura y doctrina del Maestro son el modelo a imitar y la senda a recorrer por cualquier catequista:

Por un lado, su figura es modelo de comportamiento: en el estilo de ser y de convivir, de relacionarse con las personas, de situarse ante el pueblo y de atender a los que se le acercaban, Jesús deja de manifiesto una serie de cualidades y actitudes que hacen de Él un maestro singular, que reúne en plenitud unas características que encontramos expresadas en los Evangelios, y que de inmediato podemos asumirlas como exigencias para todo catequista que desee seguir las huellas doctrinales del Maestro.

Este catequista ha de ser, como el Maestro, una persona que inspire paz y reconciliación; una persona libre y liberada, que despierta libertad y liberación; una persona de oración; persona cariñosa, que inspira respuestas de amor; acogedora, misericordiosa, mansa y humilde; una persona realista y observadora, atenta, preocupada por sus discípulos (Jn 21,9), capaz de olvidar su propio cansancio cuando se da cuenta de que el pueblo le busca (Mt 9,36-38).

Se relaciona con sus discípulos como un amigo, que lo comparte todo con ellos, incluso el secreto del Padre (Jn 15,5). Es una persona comprensiva, que acepta a los discípulos como son, incluso cuando huyen, lo niegan o traicionan (Mc 14,27-28; Jn 6,67) porque está comprometida con sus seguidores; que defiende a sus amigos y ora por ellos.

Por otra parte, su doctrina exige la más profunda fidelidad del catequista hacia Él y hacia los destinatarios. Hemos ido recorriendo, de modo sucinto, los vértices identitarios de su enseñanza sobre Dios y los hombres. De todos ellos, el catequista habrá de tomar cuenta en las sesiones catequéticas, para realizar del modo más conveniente su tarea de “maestro” que revela a Dios y al hombre:

- Ha de ver cómo a ese catequizando se le ha devuelto la semejanza divina. En Cristo, la naturaleza humana, asumida pero no absorbida, ha sido elevada. Con la encarnación, Jesús se ha unido en cierto modo a todo hombre y a cada sujeto en concreto, también a ese catequizando.
- Sólo el misterio del Verbo encarnado ilumina el misterio del hombre: sólo a partir de Cristo podemos precisar que ese catequizando está ya encaminado hacia Dios.
- En Cristo se descubre el principio que ha dado origen a la creación del hombre. Si la posibilidad del origen del hombre se funda en la Encarnación, aparece claro quién habrá de ser el modelo que habremos de proponer para la imitación dinámica de nuestros oyentes. Jesús encarnado constituye el principio de la humanidad y su fundamento único. En Él, el hombre por excelencia, se realiza el designio de Dios sobre la humanidad, y a partir de esta realización plena tiene sentido la humanidad toda.
- Todos los seres humanos participan de esta plenitud. Nuestros catequizandos no están aprendiendo quién es Dios sino que, además, han de aprender cómo participar de Él. La realización de la humanidad está en ese seguimiento de Jesús y en la participación en su misión.
- Dios y el hombre no pueden ser considerados rivales o adversarios. Si la perfección de Jesús está en la obediencia al Padre, la perfección del creyente sólo será posible mediante el seguimiento radical de Jesucristo, aprendido y vivido en la misma obediencia hasta la muerte.
- La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios se suma a la vocación a reproducir la imagen de Cristo resucitado. Es esencial tener muy en cuenta estas dos dimensiones en el desarrollo catequético: uno sólo es el origen del hombre y una es la meta de salvación, pero ambas coinciden en Cristo, el modelo para el cristiano.
- La revelación del misterio del amor del Padre nos abre al significado del verdadero “valor” del hombre: un ser amado por Dios hasta recibir la condición de ser su hijo. En la filiación de Jesucristo se ha propiciado la nuestra, mediante la participación, por pura gracia y don divinos.
- La catequesis habrá de presentar con toda claridad el cómo y el por qué de nuestra profesión de fe: “por nosotros y por nuestra salvación”. La potencia del amor divino hace que en Jesucristo sean perfectamente compatibles dos cosas, a primera vista incompatibles: sigue siendo Dios

y, contemporáneamente, se hace hermano de los hombres. Quien cree en Él ha nacido y ha sido engendrado a una vida nueva.

- Otra dimensión catequético-cristiana para la presentación, celebración y vivencia de la fe, ha de ser la convicción de una estrecha conexión entre la paternidad divina, nuestra filiación y la fraternidad de todos los hombres. La verdadera fraternidad entre los hombres se basa sólo en la paternidad divina. Éste es el vínculo más fuerte de unidad y solidaridad entre los hombres. En Jesús se configura una nueva relación entre nosotros: la práctica del mandamiento del amor expresa nuestra filiación y fraternidad. La catequesis no olvidará que esa actitud ha de envolver lo que creemos, celebramos y vivimos.
- Frente a la tentación postmoderna de considerar que el hombre es el centro del mundo, (aunque haya sido la criatura a quien Dios ha amado por sí misma), la fe cristiana ha de seguir proponiendo una medida mayor: Jesús. Es la medida que Dios nos ha puesto para que lleguemos a la perfección de nosotros mismo. Pero no es una medida ajena ni exterior, sino la medida de quien ha vivido con más radicalidad la comunión con sus semejantes, hasta el punto de dar la vida por todos nosotros.

Tomemos conciencia de que el ministerio catequético no es un camino a inventar, sino a imitar. En Cristo tenemos la síntesis de la enseñanza y el método para realizarla. Él es el modelo, la sabiduría y el magisterio, (camino, verdad y vida). Nuestra capacidad de catequistas se edifica gracias al Espíritu de Jesús, que nos fue entregado gratuitamente, para que fuéramos dignos compromisarios de su obra. El ser humano no podría alcanzar esta importancia sin esa realidad que nos sobrepasa: el Espíritu de Jesús. Nuestra identidad de catequistas se edifica desde Cristo y su Espíritu, en pura referencia a Dios y a los catequizandos. Esta es nuestra identidad y sabiduría: somos apertura y relación, convertidas en ministerio al servicio de Dios, de su Palabra y de los hijos de Dios.

